

Las huellas de Robinson. Hugo Chávez y la revolución venezolana

Richard Gott

Richard Gott es autor de *Guerrilla Movements in Latin America* (1971). Este mismo año ha aparecido su libro *In the Shadow of the Liberator: Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela* (Verso). Este artículo se publicó originalmente en la *London Review of Books* (17 febrero 2000).

Las montañas de Venezuela se elevan a una altura enorme desde las costas del Caribe, con hendiduras de tierra roja abajo y selva verde y feraz arriba, con las cimas completamente perdidas entre las nubes grises. Desde la ventanilla del avión a menudo me ha gustado imaginar que esta era la tierra en la que estaban los indios del lugar cuando por primera vez descubrieron a Cristóbal Colón en su playa el año 1498. Sin embargo, Colón desembarcó algunos centenares de kilómetros hacia el Este, en la península de Paría, enfrente de la isla de Trinidad.

El avión a menudo sobrevuela la línea costera antes de aterrizar, pasados Naiguatá, Macuto y La Guaira, y a lo largo de Maiquetía y Catia La Mar, pequeños y más bien desastrosos centros turísticos con un puñado de edificios altos y apenas un par de calles entre las montañas y las playas contaminadas. Las líneas aéreas solían reservar allí habitaciones para los pasajeros que tenían que pernoctar —están más cerca del aeropuerto que Caracas— aunque los visitantes de vez en cuando se quejaban de robos. He comido excelente pescado en los restaurantes de carretera colgados sobre la playa.

Cuando el avión finalmente aterriza, lo hace sobre una estrecha franja detrás de las montañas, paralelas a la playa, y a veces puedes echar una mirada a los barrios de chozas que se aferran escalonadas a las barrancas. En los últimos treinta años o más, desde que llevo viniendo aquí, he constatado como un puñado de casas destartadas, antes encajonadas entre las montañas y la costa, han ido escalando las laderas hasta formar un panorama urbano casi vertical.

Las lluvias habitualmente han finalizado hacia finales de noviembre, de manera que cuando fuertes tormentas azotaron esta zona costera el 15 de diciembre del año pasado se supuso que sería el último coletazo de la temporada de lluvias. A pesar de la regularidad de las tormentas tropicales y los díscolos sistemas meteorológicos del Caribe, es raro que un desastre regional provoque una emergencia nacional. Y aquel día concreto la atención del país estaba concentrada en las urnas, ya que se iba a celebrar un referéndum para aprobar o rechazar la nueva Constitución.

Todos sabían que habría una mayoría para la campaña del «sí», que estaba dirigida por el popular y carismático Hugo Chávez, un coronel del ejército que había sido elegido presidente el año anterior. La única incógnita era el porcentaje de votantes, que podría verse afectado por el mal tiempo. Los venezolanos ya habían sido llamados a votar en cinco ocasiones desde noviembre de 1998, e incluso en un país al que se suponía (quizás con demasiada facilidad) fuertemente identificado con las prácticas democráticas, un referéndum cuyo resultado era una conclusión prevista debía parecer superfluo.

Con todo, el Comandante Chávez había pedido un voto masivo, y la gente estuvo contenta de cumplir: el 71% votó «sí» y el 28% votó «no». Fue un buen resultado para el presidente. Entonces los cielos se abrieron en serio. Las nuevas tormentas lanzaron fuertes lluvias sobre las aguas acumuladas las semanas anteriores, lo que provocó que los ríos crecieran descontroladamente. En la madrugada del domingo 16 de diciembre, el Ávila, una montaña situada al norte de Caracas que se eleva como una torre sobre los núcleos turísticos costeros cercanos al aeropuerto,

liberó un torrente de barro y agua. A lo largo de toda la estrecha franja costera, desde Macuto a Catia La Mar, pasado el aeropuerto en Maiquetía, las colinas se precipitaron al mar arrastrando con ellas gran cantidad de personas y casas. También en Caracas las inundaciones llevaron muerte y destrucción en una escala sin precedentes.

Pronto el deslizamiento de tierras fue descrito como el peor desastre natural de Venezuela en todo el siglo. Un inmoderado obispo católico dio a entender que era un juicio de Dios sobre el gobierno, pero fue reconvencido por el ministro de Asuntos Exteriores, José Vicente Rangel, quien dijo que sería cruel que Dios desencadenara su venganza contra los sectores más pobres de la comunidad. Otros recordaron que la Iglesia había utilizado el famoso terremoto de Caracas del año 1812, en los días de Simón Bolívar, para denunciar las acciones de los primeros líderes independentistas.

La Asamblea Nacional, integrada mayoritariamente por seguidores de Chávez, otorgó poderes especiales al presidente. Éste, en uniforme de campaña y con la boina roja que había lucido ocho años antes cuando encabezó una rebelión militar contra el viejo orden, se hizo cargo de las operaciones de rescate. Campos de fútbol y estadios se habilitaron como acomodo provisional para quienes habían perdido sus viviendas, y se plantaron tiendas de campaña en las inmediaciones de algunas bases militares. Los soldados instalaron cocinas de campaña y empezaron a construir casas para los refugiados en terrenos del ejército. Un mes después de la tragedia se estimaba que el número de muertos había sido entre quince y veinte mil. Unas cien mil personas se habían quedado sin casa. Las cifras son inevitablemente vagas. Lo que sabemos es que el gobierno actuó con competencia y celeridad.

Cuando Hugo Chávez, un oficial declaradamente radical, se convirtió en presidente en febrero del año pasado, contaba con una amplia mayoría. Recibió apoyos de los vestigios del Partido Comunista y de media docena de grupos básicamente izquierdistas de diversos colores y trayectorias. Un revolucionario de izquierdas podría parecer un anacronismo en los albores del siglo XXI, aunque Chávez es eso, un personaje cromwelliano que se propone reconstruir su país sobre nuevas bases.

Tras acceder al palacio de Miraflores con la promesa de barrer la corrupción enquistada en el país durante décadas, Chávez perfiló un proyecto alternativo para Venezuela que marcaría una ruptura decisiva con el neoliberalismo económico. Intentaría implicar a los países vecinos en una interpretación renovada del sueño «bolivariano» del siglo XIX, la creación de una América Latina independiente y «original» que uniera sus fuerzas contra el mundo exterior. En el interior, su gobierno se concentraría en proyectos agroindustriales, en la producción alimentaria y en el «desarrollo endógeno» del país, el sueño de la izquierda nacionalista de América Latina durante casi medio siglo. En vez de confiar en las fuerzas del mercado y en la globalización, el estado promovería activamente el desarrollo interno del país movilizándolo sus propios recursos y todos los mecanismos de planificación que fueran necesarios.

Chávez ha impulsado la Quinta República, la primera refundición del molde desde 1830 (el país se denomina ahora «República Bolivariana de Venezuela»); ha promovido la primera redacción completamente nueva de la Constitución desde 1961; ha concedido nuevos derechos a la población indígena, ha reorganizado el sistema judicial y ha establecido una nueva Asamblea Nacional unicameral. También ha empezado a experimentar formas para integrar a los militares en la sociedad civil. La nueva Constitución fue debatida durante un período de sólo tres meses, y sin duda será considerada defectuosa. Algunos artículos dan paso a una mayor descentralización política, transfiriendo responsabilidades al nivel local, pero la tendencia general es hacia un sistema más presidencialista. Al permitir que el presidente ejerza un segundo mandato consecutivo, también parece probable que atrinchere a Chávez en el cargo, a la vista de la considerable desorientación de los partidos políticos susceptibles de organizar algún tipo de oposición.

Reorganizar la superestructura política se ha visto como un requisito previo para mejorar la economía, que sigue en un estado tan lamentable como cuando Chávez accedió al poder: desempleo e inflación por encima el 20% y la inversión extranjera paralizada. Pero Chávez ha tenido un éxito significativo (con una pequeña ayuda de sus socios en la OPEP): ha conseguido que se triplique el precio internacional del petróleo, de 9 a 27 dólares barril. En consecuencia, ha tenido un pequeño respiro a pesar del desastre de las inundaciones.

Chávez también ha dado algunos indicios de extravagancia. Durante su primer mes en el cargo envió una nota amistosa a un distinguido preso venezolano en una prisión extranjera, Ilich Ramírez Sánchez, apodado «Carlos el Chacal» por los reporteros del *Guardian* en los años setenta. En octubre del año pasado, ante la tumba de Mao Zedong, le dijo al presidente chino que Venezuela estaba empezando a «levantarse», igual como lo había hecho el pueblo chino «bajo la dirección del Gran Timonel». En noviembre, en el transcurso de una visita de Estado a Cuba, jugó al béisbol en La Habana con un equipo dirigido por Fidel Castro. También ha invitado a Sadam Hussein, a Muamar el Gadafi y a Mohamed Jatami a asistir a la conferencia de países exportadores de petróleo que se celebrará en Caracas a finales de este año.

Detrás de este radicalismo ostentoso está el deseo de dar vida a ese mundo multipolar del que los franceses y los chinos hablan a menudo, y de demostrar que hay una alternativa al consenso económico que ha tenido un impacto tan devastador sobre las poblaciones más pobres del Tercer Mundo. Esto, por supuesto, implica una buena dosis de hostilidad hacia Estados Unidos. Chávez, por ejemplo, se ha negado a permitir que los aviones estadounidenses penetren en el espacio aéreo venezolano en persecución de los narcotraficantes colombianos –lo que ha provocado algo más que una leve irritación si tenemos en cuenta que Estados Unidos está a punto de concederle a Colombia 1.600 millones de dólares en asistencia militar. En las negociaciones de paz que vienen celebrándose entre el gobierno de Bogotá y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) de Manuel Marulanda, los estadounidenses están respaldando al gobierno; Chávez se inclina por el grupo de Marulanda y aspira a una presencia de las FARC en el gobierno de Bogotá.

En años anteriores de este siglo que se va sin lamentos, un comportamiento tan «irresponsable» por parte de gobiernos latinoamericanos –como los de Guatemala, Cuba, la República Dominicana, Chile y Panamá por no mencionar a Nicaragua– habría merecido sin duda una fuerza de invasión estadounidense, un escuadrón de asesinos, un equipo de contrainsurgencia o, como mínimo, un complot «para hacer chirriar la economía». Nada funesto ha ocurrido hasta ahora en Venezuela, si bien no conocemos, por supuesto, qué planes puede haber en estudio en los cenáculos más profundos de Washington. En cualquier caso, ahora que ha finalizado la Guerra Fría los norteamericanos ya no pueden denunciar a sus críticos del sur alegando que son marionetas de Moscú.

El constante flujo migratorio desde el campo hacia Caracas en los años setenta, seguido del estancamiento económico y del paro en los ochenta, condujo a la fractura social en Venezuela. Al igual que en muchas otras megaciudades de América Latina, la ley y el orden están virtualmente ausentes en la capital. Es una ciudad en estado de sitio, en la que los centros comerciales están rodeados por barricadas de alambre de espino, las calles residenciales selladas con garitas de vigilancia y barreras que cierran el paso y los bloques de pisos protegidos por guardias de seguridad armados. Los ricos viven detrás de altos muros con sus propios guardias privados de seguridad y los jóvenes pobres sobreviven organizándose en bandas armadas. La clase media, atrapada desgraciadamente entre unos y otros, vive presa de un temor permanente por sus bienes y sus vidas.

*Los ricos viven
detrás de altos
muros con sus
propios guardias
privados de
seguridad y los
jóvenes pobres
sobreviven
organizándose
en bandas
armadas.*

En febrero de 1989 los pobres de las colinas circundantes descendieron durante una semana de saqueo indiscriminado por toda la ciudad. Centenares de personas fueron asesinadas durante la represión subsiguiente, un recordatorio de lo tenue que ha llegado a ser el revestimiento de la tolerancia de clase. Los sucesos, pronto denominados el *Caracazo*, se desencadenaron por un aumento en el precio del petróleo; en consecuencia, las tarifas del transporte público subieron y la ira siempre a punto de estallar se convirtió en rebelión activa. La policía, en huelga en aquel momento, estaba mal preparada. Cuando la televisión empezó a mostrar a la gente dedicada al saqueo en Caracas y que la policía dejaba hacer, los ciudadanos de otras ciudades lo vieron como una invitación a unirse a la revuelta.

El viejo régimen del país, igual como el de la Unión Soviética, empezó a buscar a tientas nuevos modelos ya desde finales de la década de los cincuenta, cuando Venezuela tenía todos los rasgos de un régimen unipartidista como los de la Europa del Este. Sin embargo, como en la vecina Colombia, había dos partidos y no uno solo, aunque existía una especie de acuerdo para turnarse en el poder. El más grande e influyente, Acción Democrática, ejercía el papel hegemónico, pero para mantener la ficción de que Venezuela era una democracia, de vez en cuando se permitía que otro partido, el cristianodemócrata COPEI, ganara las elecciones, aunque no tenía poder real. A esta cínica transacción se llegó en el llamado Pacto del Punto Fijo, firmado en 1958, que aseguró en la práctica que a otros partidos, de izquierdas o de derechas, se les impedía acceder al poder.

Acción Democrática y COPEI tenían gran número de afiliados. Te apuntabas a un partido para conseguir un empleo y mantenerlo. Los dirigentes del partido, y los jefes de sus sindicatos afines, estaban acostumbrados a toda una serie de privilegios, particularmente en las industrias estatales creadas al socaire de las rentas del petróleo. La corrupción se convirtió en endémica en las filas de Acción Democrática, pero también en los sectores más amplios dedicados a la banca y al comercio, y creció como una bola de nieve a lo largo de los años. Famosa en todo el continente, generó un furibundo deseo de venganza entre los pobres venezolanos.

Carlos Andrés Pérez, de Acción Democrática, un líder tercermundista arquetípico con gran propensión a robar al Estado, gobernó de 1974 a 1979, y adoptó la línea fuertemente estatista que fue popular en los años de *boom* económico. Se retiraron las concesiones petrolíferas a la Shell, a la Exxon y a otras empresas extranjeras y se dedicó una enorme cuantía de subvenciones públicas al desarrollo industrial, con el aplauso de los nacionalistas de izquierdas de todo el mundo. Tan grande fue el flujo de dinero procedente del petróleo en aquellos años que todavía hoy quedan muchos vestigios que lo demuestran, principalmente en la región sureña de la Guayana: minas, fundiciones, complejos industriales y la gigantesca presa hidroeléctrica de Guri sobre el río Caroní, capaz de satisfacer las necesidades de Venezuela —y también las de gran parte del norte de Brasil—.

Con los años, sin embargo, el sector estatal —ineficaz y nada competitivo, excedentario en mano de obra y corrupto— se vio privado de nuevas inversiones y las grandes empresas industriales empezaron a decaer. Los nuevos proyectos fueron rápidamente abandonados. El país, mientras tanto, acumuló una inmensa deuda externa. Finalmente, en 1989, se trazaron planes para reestructurar la economía en sentido neoliberal. De manera inopinada Carlos Andrés Pérez, que había vuelto al poder ese mismo año para, supuestamente, revivir «los buenos viejos tiempos» de su anterior presidencia, cambió de política. Sin previo aviso, su gobierno condujo la economía a las turbulentas aguas del mercado libre, de la economía liberalizada y de la competencia internacional.

El nuevo programa económico minó las bases del sistema político establecido y se encontró con una oposición intensa tanto en la calle como por parte de los partidos gobernantes. A

pesar de la opulencia superficial de la clase media urbana, en América Latina la mayoría de la gente se encuentra más cerca del límite de supervivencia que sus homólogos de la Europa Oriental. Los viejos jefes de partido, comprensiblemente, se opusieron airadamente a la *perestroika* venezolana. Dejando a un lado lo difícil de hacer que el país fuera más competitivo, la empresa implicaba, desde luego, dismantelar una enorme estructura de intereses creados.

En febrero de 1992, tres años después del *Caracazo*, el coronel Chávez, 38 años de edad, hizo su espectacular aparición: un líder militar que prometía barrer a los políticos corruptos, mejorar las condiciones de vida de los pobres y llevar el país por nuevos derroteros. Como oficial al mando de un regimiento de paracaidistas en Maracay, a una hora en coche de Caracas, estaba bien situado para desafiar al viejo régimen dando un golpe de Estado.

El intento de hacerse con el palacio presidencial en Caracas fue un fracaso. Chávez se rindió y apareció en televisión instando a sus compañeros de conspiración a deponer las armas. «Compañeros», dijo, «desgraciadamente, por ahora, los objetivos que nos habíamos propuesto no se han alcanzado en la capital.» La expresión «por ahora» cautivó la imaginación popular. Los objetivos de la rebelión no se habían conseguido, pero la mayoría de la gente pensaba que Chávez volvería a la lucha en un momento posterior. *Por ahora* se convirtió en su eslogan y la boina roja del regimiento paracaidista en su emblema. Rangel está convencido de que la aparición de Chávez en televisión lo convirtió en un defensor sólido de la libertad de prensa: «Fracasó cuando usó las armas y triunfó cuando tuvo acceso a los medios de comunicación. Pasó diez años preparando un golpe de Estado en el que fracasó militarmente; el minuto que le permitieron en televisión fue suficiente para conquistar el país.» En un continente en el que la influencia de las sectas evangélicas ha empezado a rivalizar con la de la Iglesia católica, la llegada del coronel Chávez a la escena pública fue recibida como si se tratara de la Segunda Venida.

Pasó dos años en prisión, pero pronto se difundieron datos e informaciones acerca del proyecto revolucionario en el que había estado trabajando con otros oficiales compañeros suyos. Chávez promovía la resurrección de tres héroes sudamericanos del siglo XIX —Bolívar; Simón Rodríguez, el maestro revolucionario de Bolívar; y Ezequiel Zamora, líder de los campesinos contra la oligarquía terrateniente en las Guerras Federales de las décadas de 1840 y 1850— esbozando así lo que podía ser una política de nacionalismo revolucionario. Se manifestaba, sobre todo, contrario a la globalización y pronto encabezó las encuestas de popularidad. Sus apoyos provenían principalmente de los barrios pobres de Caracas y de las regiones olvidadas del interior. La masa de la gente está con Chávez igual como, en otros países y en otras épocas, ha estado con Castro, con Perón, con Torrijos y con Allende. Chávez todavía les habla casi cada día, con el lenguaje de un predicador evangélico. Dios y Satán, el bien y el mal, el dolor y el amor son las antítesis que usa más frecuentemente.

Las raíces de Chávez se hunden en las tradiciones revolucionarias de la izquierda venezolana, particularmente en las que condujeron a muchos jóvenes en los años sesenta a tomar parte en una insurrección prolongada al estilo cubano. Algunas guerrillas de aquella época tuvieron sus orígenes en grupos escindidos de Acción Democrática; algunos guerrilleros procedían del Partido Comunista; otros habían trabajado con grupos radicales dentro de las Fuerzas Armadas. Muchos supervivientes de aquel período, ahora más que sexagenarios, participan aún hoy activamente en política: con Chávez o en la oposición. Chávez no dejó de cultivar a la izquierda civil cuando planeaba el golpe de Estado y una vez en el gobierno ha atraído los talentos de algunas personas que procedían de las tradiciones radicales de los sesenta —e incluso de antes—. Y así, Alí Rodríguez Araque, su ministro de Minas y Energía, que ha animado el relanzamiento de la OPEP, fue un gue-

Un líder militar que prometía barrer a los políticos corruptos, mejorar las condiciones de vida de los pobres y llevar el país por nuevos derroteros.

rrillero en el estado de Falcón, y después militó en un importante partido izquierdista, Causa Radical. Lino Martínez, el ministro de Trabajo, también estuvo en la guerrilla. Entre los diputados de Chávez en la Asamblea Nacional se puede encontrar a media docena de antiguos guerrilleros.

Luis Miquilena y Rangel, los dos civiles y amigos, son sus asesores políticos más íntimos. Los dos llevan a sus espaldas casi medio siglo de activismo y han pasado temporadas en la cárcel o el exilio. Rangel, de setenta años, y que ha sido uno de los grandes seductores de la política latinoamericana, fue candidato presidencial de la izquierda en tres ocasiones. Miquilena, el presidente de la Asamblea Nacional, fue un líder del sindicato de conductores de autobús en Caracas en los años cuarenta y cofundador de un partido comunista antiestalinista en 1946. Ahora, lleno de vitalidad a sus 83 años, ha sido un personaje importante en la campaña electoral de Chávez. Como viejo leninista, ha jugado un papel central en la configuración de la alianza entre militares y civiles —el Movimiento por la Quinta República— que ha apoyado a Chávez. Ha llegado a ser ministro del Interior en el nuevo gobierno.

Algunos revolucionarios de los sesenta, sin embargo, se oponen a Chávez desde la derecha. Su líder, Teodoro Petkoff, fue en otros tiempos un prominente comunista así como ministro en el anterior gobierno. A lo largo de 1999 fue director de un influyente diario vespertino, *El Mundo*, opuesto a Chávez. (Fue despedido por el propietario del diario en diciembre al parecer por motivos de índole comercial.) Entre sus columnistas había guerrilleros que habían hecho el viaje desde el socialismo al estilo cubano hasta la socialdemocracia.

Se opone a Chávez desde la izquierda Douglas Bravo, el líder guerrillero de Falcón en los sesenta y quizás el más conocido de los izquierdistas del pasado. Bravo colaboró con el proyecto revolucionario de Chávez en los años ochenta, en el convencimiento de que sería una operación genuinamente civil-militar. Se retiró después de 1992, cuando creyó que los civiles estaban siendo soslayados y que el programa de Chávez era insuficientemente radical.

Hace años pasé un par de semanas en Caracas esperando una llamada para entrevistar a Bravo en las montañas. Tal como solía ocurrir a menudo, nunca se establecieron los contactos, pero tres décadas después, en noviembre del año pasado, finalmente le hice una entrevista. Ahora, cercano a los setenta años de edad, me dice que conoció a Chávez muy bien cuando el futuro presidente era un joven oficial que conspiraba contra el gobierno. «Chávez es un hombre inteligente», dice Bravo, «es audaz, carismático y un excelente orador; tiene una habilidad natural para mandar». Pero también es «muy capaz de hacer repentinos cambios de dirección... Puede llegar fácilmente a acuerdos con un grupo y después no cumplirlos cuando hace un trato con otro». Rangel se toma los defectos de Chávez con más calma: «Es un error demonizar a Chávez, igual como es un error santificarlo. Si él no hubiera aparecido, sin duda lo habría hecho cualquier otro. Afortunadamente, éste ha resultado ser el mejor camino para asegurar el cambio, pacíficamente y con los civiles. Después de todo, fácilmente podríamos haber tenido un Pinochet.»

Chávez cuenta con su propio programa radiofónico los domingos por la mañana. En directo muestra sus mejores dotes didácticas ilustrando, explicando y argumentando. Es difícil exagerar el impacto que sus emisiones tienen sobre los sectores más amplios y más pobres de la población venezolana. En televisión aparece a menudo ante una audiencia invitada y sentada justo delante de él. En estos programas de repente se gira, como si mirara hacia otra cámara, para dirigirse a la audiencia que importa, a la que se encuentra en las áreas rurales y en los poblados marginales. Siempre es una actuación electrizante, aunque la clase media de Caracas, y una pléyade de columnistas de periódicos hostiles, invariablemente se queja de su lenguaje rudo y simple. «Chávez es mucho más intelectual de lo que piensa la gente», me dice Rangel, «es una mez-

cla de pasión y cálculo... realmente disfruta con la confrontación... Le encanta la polémica y la busca». Yo estaba a punto de entrevistar al presidente y me puse algo nervioso: ¿sería yo suficientemente interesante?

Cuando me llevaron a un encuentro con él, hace un mes, en La Casona, la residencia presidencial de Caracas que una vez sus tropas intentaron tomar y fracasaron, estaba de pie en el jardín de espaldas a mí, mirando hacia los bosques de bambú y palmeras que bordean al extremo del césped. Dado que aparece en televisión casi a diario improvisando discursos, saludando protocolariamente a los visitantes del palacio de Miraflores o dando la mano a las multitudes en los barrios pobres, todo el mundo conoce su aspecto. Se han familiarizado con su cara de púgil, su sonrisa brillante y el casi imperceptible tic asmático de su boca cuando respira hondo o es sorprendido buscando una palabra en medio de un torrente retórico. Siempre parece decidido, confiado, optimista. Sin embargo, a solas en el jardín, vestido con un traje gris, parecía más vulnerable, una escultura monocroma y ambigua sobre el césped verde.

Finalmente, se dio la vuelta y vino a mi encuentro. Por un momento recordé *Yo el Supremo*, la extraordinaria novela del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos sobre José Gaspar Rodríguez de Francia, el ascético presidente robespierrano de Paraguay que mantuvo aislado a su país durante treinta años en la primera parte del siglo XIX. Chávez tiene un similar aire mesiánico. El calor húmedo de las primeras horas de la mañana, los colores lujuriantes del jardín tropical y las columnas de la terraza de lo que es una réplica de un edificio colonial del siglo XVIII, todo inducía a evocar el pasado tanto como el presente. Nuestra larga conversación —centrada en gran parte en sus planes para invertir el desplazamiento de la gente desde el campo a los suburbios urbanos— tenía en ocasiones un aire intemporal. De hecho, esta es una cuestión con la que presidentes y virreyes coloniales han estado enfrentándose durante siglos en América Latina.

Se podría decir que la tragedia de diciembre había venido como una bendición encubierta para el programa del presidente, ya que le iba a permitir embarcarse más o menos directamente en su plan de desplazar a cientos de miles de personas desde las atestadas ciudades del norte de Venezuela hacia los nuevos centros económicos, escasamente poblados, del este y del sur del país. En estas tierras actualmente vacías planeaba desarrollar proyectos agroindustriales que le permitirían atraer a gente que vive en los suburbios para iniciar una nueva vida en el campo.

Políticos y urbanistas han discutido durante años sobre qué hacer con las gigantescas aglomeraciones urbanas de América Latina, con las viejas capitales que albergan a millones de personas para las que hay pocas viviendas dignas de tal nombre y pocos puestos de trabajo. Desplazar a los habitantes urbanos hacia el campo e invertir la tendencia a irse a las ciudades es, sin embargo, una tarea muy difícil incluso para un gobierno con un plan bien pensado. La aspiración de Chávez choca con la experiencia histórica —poca gente ambiciosa volver, una vez la ha dejado, a la vida rural— y los primeros informes indicaban que gran parte de los supervivientes de los recientes corrimientos de tierras querían aferrarse a sus casas arruinadas en las laderas de las colinas. Aun así, alguna gente estaba encantada con la perspectiva de que se le diera tierras y una casa.

Chávez imparte hoy una especie de clase particular. Explica cómo la explotación del petróleo en los años veinte condujo al colapso de la economía rural y puso fin al viejo «modelo equilibrado y armonioso» de Venezuela, en el que el cultivo del café, el azúcar y el cacao había marchado codo con codo con el desarrollo industrial de las ciudades. «El gobierno simplemente abandonó el campo, y empezó lo que la historia denomina el “éxodo campesino”... No fue así —me asegura— porque los campesinos quisieran abandonar la tierra, sino porque las zonas rurales fueron abandonadas por el gobierno». Como siempre, usa un ejemplo muy próximo. «Esto es algo que yo he sen-

Por un momento recordé *Yo el Supremo*, la extraordinaria novela del escritor Augusto Roa Bastos sobre José Gaspar Rodríguez de Francia. Chávez tiene un similar aire mesiánico.

tido desde que era niño; yo nunca quise irme de mi pueblo natal, pero lo tuve que hacer; fui arrastrado a la ciudad por una fuerza centrífuga». El objetivo de su política actual es «hacer que esta fuerza vaya en dirección opuesta».

Cuando terminó el sexto curso en la escuela de su pueblo, en Sabaneta, fue obligado a irse. «Si quería continuar estudiando, y sí quería –mi padre era maestro–, tenía que ir a Barinas, que era una población más grande, la capital del estado. Si hubiera habido una escuela secundaria en Sabaneta, no me habría tenido que ir.» Cuando llegó a la educación superior, Barinas no tenía universidad. «Todos mis hermanos tuvieron que desplazarse a la universidad de Mérida, y yo tuve que venir a Caracas, a la Academia Militar.» Pasaba lo mismo con la atención médica. «La gente que necesitaba atención tenía que ir a Barquisimeto o a Caracas. Incluso nuestros deportistas locales tenían que irse. Los campesinos abandonaron cuando perdieron sus tierras en beneficio de las grandes haciendas. Hubo un éxodo masivo.»

Chávez destaca que los venezolanos han estado emigrando durante muchos años a las zonas urbanizadas de la costa: «El ochenta por ciento de la población ahora se concentra aquí.» No sólo es una «zona sísmica de unas características realmente preocupantes», sino que también ha visto «una inmensa acumulación de gente en *ranchos*» –las barriadas pobres de las laderas de las montañas. No hay nada nuevo en la tragedia de diciembre, sólo sus dimensiones. «Un centenar de personas mueren cada año cuando llegan las lluvias, y ahora han muerto quince mil. Durante años hemos estado advirtiéndolo a la gente. En Caracas habrá habido miles de víctimas en los últimos veinte o treinta años.» Ésta es la carta en la manga de Chávez y le ha dedicado mucha reflexión. «Ya teníamos un proyecto para el país, un proyecto que tenía en cuenta sus problemas sociopolíticos y la economía. Lo estuvimos discutiendo en prisión e incluso antes, cuando organizamos por primera vez una rebelión militar: no lo hicimos de manera irracional.» Cuando salió de la prisión en 1994, dice, ya estaba determinado a ser presidente. «En mi primera conferencia de prensa, un periodista me preguntó: “¿Qué piensa hacer?” y yo dije: “Pienso llegar al poder”.»

Cuando estaba en el ejército «siempre había una pugna con los *muchachos* que venían de las zonas rurales a hacer el servicio militar. Eran llevados a la ciudad, a los cuarteles de Caracas, y por supuesto cuando veían la ciudad y todo lo que tiene para ofrecer, ya no querían volver al campo. Porque allí no habrían encontrado tierra ni trabajo, nada, sólo una choza como refugio. El servicio militar fue otro factor que contribuyó a forzar a la gente a irse a las ciudades. Por eso creemos que los “planes de retorno de la emigración”, diseñados principalmente para asegurar que habrá disponible algún tipo de actividad económica, son absolutamente fundamentales.»

Los gobiernos anteriores, me dice, no hicieron esfuerzos en esta dirección. En los años ochenta, con el presidente Jaime Lusinchi, se estableció un asentamiento al sur del río Arauca, cerca de la frontera con Colombia. Se le llamó Pueblo Bolívar. «Como otros muchos, siempre dije que no iba a funcionar. Fundaron un pueblo en medio del verano, en las riberas del Arauca, y llevaron gente de lejos. Virtualmente les obligaron a ir, pagándoles algo para ir y vivir allí. Era un lugar totalmente artificial: no había actividad económica de ningún tipo. Mira, si tienes una población y toda la tierra en torno a ella es un *latifundio*, ¿dónde va a trabajar esta gente? En invierno, las carreteras estaban anegadas; la gente no tenía ganado ni tierra y no se les concedió ningún crédito... Se construyó una escuela, pero el maestro no apareció nunca. Poco a poco empezaron a abandonar, a buscar una vida más apropiada en cualquier otro lugar.»

La solución adoptada por el gobierno de Chávez ha sido establecer «centros integrados» de desarrollo. «Uno de los proyectos que hemos estado analizando es el Proyecto País –Poblaciones Agro-Industriales Sustentables– y ahora estamos empezando a ponerlo en práctica. Desde el año

pasado hemos trabajado en ello, pero la catástrofe de diciembre nos ha dado la oportunidad de hacer algo más ambicioso... Ayer estuvimos en Cumaná entregando casas. Todas las playas de por allí están muy contaminadas, llenas de basura y estamos haciendo un plan para rehabilitarlas. Hemos destinado diez millones de dólares para limpiar la costa. Esta es una zona mucho mejor y para más gente que la costa cercana a Caracas. Hay mucho más espacio entre las montañas y el mar. Es buena para la pesca, para el turismo también y para la agricultura.»

Otro lugar escogido para un reasentamiento es la planta hidroeléctrica de Guri, en el este del país, al sur del Orinoco. Las casas fueron abandonadas por los trabajadores que construyeron el gran embalse del río Caroní. «Yo fui a hablar con las víctimas de la inundación acampadas en el estadio de Caracas, unas diez mil personas, y les hablé de Guri. En un principio les tuve que explicar dónde está. Dos personas –y puede que estuvieran borrachas– inmediatamente dijeron: “¡Sí, nosotros iremos a Guri!”. Entonces, después de dos semanas de una campaña de promoción, con fotografías y vídeos, un grupo fue a echar una mirada. Les dije que no se tenían que quedar si no querían.»

La visita fue un gran éxito. «Allí hemos establecido una comunidad de unas dos mil personas. Había tanta gente que quería ir que tuvimos que poner freno.» Después de vivir sus diversas tragedias personales, ahora están pintando y reparando las viejas viviendas e incluso haciendo sus propios muebles con madera del lugar. Esta es una región de Venezuela con muchos recursos. Los niños estudian en la escuela secundaria que ya existía allí. Los talleres se han puesto en marcha de nuevo y el gobierno está buscando tierra. «Alrededor de estas casas hay diez mil hectáreas apropiadas para la agricultura; también se puede desarrollar la pesca, porque hay un enorme lago creado por la presa. El turismo de deporte será posible, y también el turismo de todo tipo, porque hay cataratas cerca de la Gran Sabana. Hay mucho espacio y es muy saludable.»

Entusiasmándose con este tema, pide un mapa y apunta con su pluma a otras zonas del país donde la gente ya podría establecerse. «Mira, éste es el eje Apure-Orinoco», e indica el curso del Orinoco y su afluente el Apure. Los ríos cruzan Venezuela de Oeste a Este, desde los Andes al Atlántico. «Este territorio ha estado prácticamente abandonado; no será necesario hacer ciudades nuevas aquí, simplemente reforzar los asentamientos que ya existen.»

La Fría, en las faldas de los Andes, cerca de la frontera colombiana, es otro lugar donde se podría reasentar a los supervivientes de las inundaciones que se han quedado sin casa. «Aquí hay una población de unos unos diez mil habitantes,» dice Chávez, señalando un lugar en el mapa. «Es una región maravillosamente rica, a los pies de las montañas. Una vez trabajé allí en una unidad militar y solíamos salir a patrullar.» Vuelve a extender el mapa. «Mira, aquí está la frontera con Colombia, aquí está el aeropuerto internacional, aquí hay una zona industrial abandonada. Aquí está la tierra, aquí hay algunas casas y aquí pondremos una escuela, un taller y una carretera.» Explica que «todo esto se realizó hace diez años, en los días de Carlos Andrés Pérez. Gastaron miles y miles de bolívares, y entonces el mismo Pérez lo abandonó.»

Me dijo que tenía prevista una visita a La Fría para la semana siguiente. «¿Por qué no viene con nosotros?», me preguntó abruptamente. Le expliqué que tenía mi billete de vuelta a Londres para dentro de tres días. «Bien, podemos ir pasado mañana, el miércoles. Teníamos planeado ir a otro sitio, a Zulia, pero puede esperar sin problemas.» Llamó a su ayudante, sentado a la vista pero sin poder seguir la conversación. «Pónme con el general Cruz Weffer», le dijo y al medio minuto estaba hablando con el jefe de gabinete. «Mira, creo que iremos a La Fría el miércoles. ¿Está todo a punto? ¿Cuántas familias has conseguido? ¿Cómo van las cosas?» Hizo una pausa para escuchar una balbuciente réplica. «Bien, díles que lo adelanten.»

Cuando salió de la prisión en 1994 ya estaba determinado a ser presidente.

Así pues, en la madrugada del miércoles, cuando el sol apenas despuntaba por las colinas que rodean la ciudad, me encontraba esperándolo en una sala de oficiales del pequeño aeropuerto de La Carlota, en el centro de Caracas, donde tiene su base la fuerza aérea venezolana. Un agente del servicio secreto buscaba por debajo de los sofás para comprobar que no hubieses ninguna bomba. Cuando llegó Chávez, vestido con su uniforme de camuflaje y con boina roja, subimos al avión presidencial en dirección a la frontera colombiana, a una hora de vuelo. La mitad del consejo de ministros venía también.

Aterrizamos en un aeropuerto desierto, en el que crecía la hierba entre las placas de cemento de la pista. Una banda militar saludó al presidente y, después de las usuales formalidades militares, subimos a cuatro grandes helicópteros para volar a una cercana granja del ejército, en Guarumito. Desde el aire, el asentamiento parece terriblemente aislado. Es un montón de techos de hojalata rodeados por la sabana que se pierde en la distancia mucho más allá de la frontera colombiana. En tierra, las cosas difícilmente parecen más estimulantes. Aterrizamos en un trozo de carretera asfaltada detrás de una charca donde un pequeño grupo de obreros está ocupado reparando una docena de los bungalows que hemos visto desde el aire. Muchos de ellos llevan botas amarillas de goma, pero un oficial está criticando a tres chicos con sandalias.

En el momento que Chávez desciende de su helicóptero es saludado por una multitud que aparece de no se sabe dónde. Lentamente se abre paso hasta una gran caravana reconvertida que sirve como taller móvil de aprendizaje. Éste es el componente civil en esta operación civil-militar, dirigida por el gubernamental Instituto Nacional de Formación. Hay bancos de carpintero y sencillas sierras eléctricas. Chávez interroga al supervisor de educación, un civil nervioso: ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Cuándo empezará todo? ¿Cuándo vendrán los profesores?

«Los profesores están siendo seleccionados», dice el supervisor como disculpándose, «pero todavía no ha llegado ninguno.»

«Sí», dice Chávez, «estamos al corriente de todo. La gente se compromete y después se va. Al cabo de un mes todo está como estaba. Tenéis que poner mucho cuidado con quien escogéis.»

Continúa interrogando al infeliz supervisor. «Has de ser más productivo. ¿Por qué no plantas algunas tiendas, construyes otro edificio y traes a más gente?» Descubre que el supervisor va y vuelve en coche desde la ciudad, a cinco minutos en helicóptero, pero a una hora en coche. «No puedes hacer eso siempre», dice, «te cansarás. ¿Por qué no intentas quedarte aquí en una tienda? No olvides lo importante que es este trabajo. No les estamos enseñando para que se vayan a otra parte. Queremos que la gente se quede aquí. Estamos colonizando el país con nuestra propia gente. ¿Cuántas veces hemos fracasado en el pasado? Esta vez no podemos fallar.» El supervisor, con el aseado traje oscuro de un funcionario estatal, se muestra de acuerdo, pero parece aterrado.

Hablo con Jorge Giordani, el hombre que está detrás del plan de desarrollo interno. Es un economista radical y profesor universitario que estudió en el Instituto de Estudios de Desarrollo de la Universidad de Sussex, en los días del fallecido Dudley Seers. Giordani fue el gurú económico del Movimiento al Socialismo (MAS), un partido socialdemócrata fundado en los años setenta que ahora apoya a Chávez. Giordani había estado trabajando con sus estudiantes en un programa destinado a revitalizar las zonas rurales. Los dos hombres congeniaron y Giordani llegó a ser el mentor de Chávez en temas económicos y le dirigió la tesis. Más tarde le haría visitas regulares a la prisión. Actualmente es el ministro de Planificación.

Chávez mientras tanto está interrogando al oficial jefe, a través del cual se entera de que algunas tierras ha sido ocupadas por intrusos que han estado talando los árboles y vendiendo la madera. «Quiero saber urgentemente quién ha vendido la tierra. A quien se coja talando los árboles irá a

la cárcel. Eso es totalmente ilegal. Quiero saber quiénes son los dueños de la tierra en un radio de cincuenta kilómetros. Sé que hay mucha gente que tiene tierras aquí, pero que en realidad vive en Miami o en Londres. Les expropiaremos. La nueva Constitución nos permite hacer eso, aunque les pagaremos, por supuesto.»

Entonces empieza a preguntar sobre lo que podría producir la tierra. «¿Qué se solía cultivar en la región? ¿Qué plantaban los indios? ¿La producción lechera es la mejor idea o sería mejor cultivar hortalizas?» Los presentes explican detalladamente sus puntos de vista y al final todos coinciden en que es una tierra apropiada para la ganadería. Chávez dice severamente que regresará pronto para ver cómo están trabajando y les advierte que podría volar aquí sin previo aviso.

Paseamos por los bungalows que están a punto de ser entregados a sus nuevos propietarios. Han sido construidos en círculo, alrededor de una plaza central, y cada uno tiene un trozo de tierra detrás. La mayoría de las 24 familias que recibirán una casa provienen de las zonas de la tragedia costera, algunas de Naiguatá, aunque otras provienen del lugar de un desastre similar ocurrido cerca. Uno de los hombres del lugar me dice que su plantación de maíz y yuca fue arrasada por las inundaciones. «No tenemos dinero, ni capital, necesitamos ayuda», dice. Cuando le pido que ponga su nombre en mi libro de notas, se disculpa por no saber escribir.

Las casas no son un regalo para los colonos: vivirán sin pagar alquiler sólo durante un año. Después tendrán que pagar una cuota regular a la cooperativa que es formalmente propietaria de las casas. «Sois muy valientes por haber venido aquí», les dice Chávez, «y fundar una nueva ciudad. No es fácil para nadie irse de la costa a la sabana interior. Sin embargo, pensad únicamente que empezamos hace dos semanas y en pocos meses aquí habrá un millar de casas.» Les dice que no se preocupen por el aislamiento. «Construiremos una línea férrea que pasará cerca de aquí, desde el río Apure al lago Maracaibo.» Una nota final de aviso: «Por favor, no pongáis a vuestras casas o carreteras mi nombre. No quiero ser recordado como algo similar a la Autopista Raúl Leoni.»

El séquito de ministros y adláteres regresa a los helicópteros y volamos para inspeccionar otro proyecto abandonado por el anterior régimen, un inmenso parque industrial del que se ha dicho que es el más grande de Sudamérica. De nuevo Chávez se sumerge en la multitud que le espera para descubrir qué es lo que quieren. Han estado viviendo aquí algunos años y sólo quieren una cosa: trabajo.

Chávez dirige un seminario improvisado con sus ministros, cuando la persona responsable explica lo que solía ocurrir en las naves y almacenes vacíos. Discuten sobre qué medidas se tomarán y cómo se podría incentivar a los inversores para venir aquí si se les prometieran ventajas fiscales suficientes. El ministro de Industria me dice que si los militares ayudan a limpiar el lugar sería posible establecer unas cincuenta pequeñas empresas, cada una con veinte empleados más o menos, en el primer año. El presidente quiere que todo se haga con una mayor rapidez.

Cuando oí por primera vez la alusión de Chávez al «sistema robinsoniano» pensé que quizás se estaba refiriendo a la obra de Joan Robinson, la economista de Cambridge ya fallecida con la que tuvieron cierta familiaridad en los años sesenta y setenta los intelectuales latinoamericanos. Después, inevitablemente, pensé en el personaje de ficción de Defoe, que vivió durante casi treinta años en una isla deshabitada cerca del delta del Orinoco. Esta resultó ser una pista más aproximada. El pensamiento político y económico de Chávez procede en parte, y por un camino tortuoso, de la historia de Robinson Crusoe y del impacto que causó en la década de 1790 en Simón Rodríguez, un joven maestro de escuela de Caracas. A Rodríguez le impresionó tanto esta historia que se cambió el nombre por el de Samuel Robinson. El objetivo de Chávez «de colonizar el país con su propia gente» procede directamente de «Robinson».

El objetivo de Chávez «de colonizar el país con su propia gente» procede directamente de «Robinson».

La vida y la obra de Robinson/Rodríguez son casi desconocidas fuera de Latinoamérica, y sus escritos nunca se han traducido al inglés. Sin embargo, entre 1824 y 1852, vivió y trabajó en Colombia, Bolivia, Perú, Chile y Ecuador. Fue un hombre con ideas heterodoxas sobre la educación y el comercio. También tuvo una idea apasionada, impopular en aquella época, sobre la necesidad de integrar a los pueblos indígenas de América Latina y a los esclavos negros traídos de fuera en las sociedades de los futuros Estados independientes.

Rodríguez nació en Caracas en octubre de 1769, y durante un tiempo, cuando estaba en la veintena, dirigió la escuela primaria municipal, donde tuvo de alumno a Bolívar. Tuvo problemas con los prohombres de la ciudad tras la publicación de un memorándum en el que sugería que la escuela debería aceptar a los hijos de negros y *pardos* igual que a los de los blancos ricos. Destituído de su cargo, empezó a implicarse en el movimiento por la independencia de 1797: hubo una revuelta, fue aplastada y se vio forzado a marchar al exilio. Atravesó el Caribe y fue a Jamaica, donde aprendió inglés. Concibió su nuevo hogar como «la isla de Robinson Crusoe» y, ansioso por deshacerse de su herencia española, mantuvo el seudónimo de «Samuel Robinson» durante el cuarto de siglo que permaneció fuera del continente.

«Robinson» y Bolívar se encontraron en el París de Napoleón en 1804, y viajaron juntos a Italia. Años después, cuando combatía en Perú, Bolívar escribió acerca de sus sentimientos hacia «Robinson»: «Me place enormemente este hombre. Fue mi maestro y compañero de viaje; es un genio. Tiene una gracia y un talento extraordinarios para aprender y para la crítica... Es un maestro que instruye mientras entretiene y un escritor que instruye a través del ejemplo. Lo significa todo para mí.»

Cuando Bolívar regresó a Caracas, «Robinson» se quedó. «Permanecí en Europa más de veinte años,» escribió mucho más tarde. «Trabajé en un laboratorio como químico industrial; ingresé en algunas sociedades secretas de índole socialista... Estudié un poco de literatura, aprendí algunas lenguas y fui maestro en la escuela primaria de una pequeña población en Rusia.» En 1824, con 54 años de edad, atravesó el Atlántico. Desembarcó en el puerto colombiano de Cartagena y volvió a recuperar su nombre de Simón Rodríguez. Al recibir noticias de Bolívar, que entonces luchaba por la liberación de Perú, se apresuró a ir a Lima. Los dos viejos amigos se reencontraron poco después de la batalla de Ayacucho, en los Andes, que sentenció el destino del imperio español en América Latina.

La experiencia europea de Rodríguez le había convencido de que América debería intentar hacer las cosas de forma diferente. En uno de sus primeros libros, publicado en 1828, escribió sobre la necesidad de la diferencia, un pasaje que Chávez cita a menudo: «La América española es una construcción original. Sus instituciones y su gobierno también han de ser originales, como lo ha de ser, asimismo, el método usado para construirlos. *O inventamos o erramos.*»

En abril de 1825, Rodríguez se unió a Bolívar en una expedición a través de los Andes hacia el país recientemente bautizado como Bolivia. En Chuquisaca, ahora la ciudad boliviana de Sucre, Rodríguez pronto se puso manos a la obra y fundó una escuela técnica para los niños del lugar, tanto indios como blancos. Años después, evocaba los clarividentes planes que había intentado aplicar en Bolivia: «Mi proyecto en aquel momento era un plan para colonizar América con sus propios habitantes. Yo quería evitar lo que temía que finalmente podría ocurrir algún día; es decir, la repentina invasión de inmigrantes europeos con más conocimientos que nuestra propia gente; esto daría como resultado que serían esclavizados de nuevo y sometidos a una tiranía peor que la del viejo sistema español. Yo quería rehabilitar la raza indígena e impedir que fuera totalmente exterminada.»

Los conservadores ciudadanos de Chuquisaca inmediatamente rechazaron sus planes. Pronto se hicieron realidad algunos de sus peores temores. La antigua clase de colonos terratenientes del país continuó llevando las riendas y reclamó la presencia de nuevos inmigrantes de Europa. Éstos se aplicaron, a su vez, en la masacre y destrucción de pueblos indígenas, notablemente durante la euforia del caucho a finales del siglo XIX. Incluso en Venezuela sucesivos gobiernos continuaron hasta mediados del siglo XX incentivando la inmigración blanca a gran escala: más de un millón de europeos llegaron después del final de la Segunda Guerra Mundial. Chávez se ha propuesto dar reconocimiento a los habitantes indígenas. Es la primera vez en la historia de Venezuela que se hace una cosa así.

Rodríguez estaba preparado para la hostilidad de los blancos: la había sufrido treinta años antes en Caracas. Su escuela fue clausurada por orden del presidente boliviano, Antonio José de Sucre y Alcalá, uno de los generales de Bolívar procedentes de Venezuela. Sucre se quejó de que Rodríguez era un organizador deplorable y que no había conseguido mantener su escuela según lo presupuestado. Esto puede que fuera cierto. Pero la razón auténtica fue que los padres blancos no querían que sus hijos se educaran con los indios.

Rodríguez nunca se volvió a encontrar con Bolívar; se dice que las cartas que le escribió no llegaron a ojos del Libertador. Durante algunos años se ganó el sustento, y el de la *cholita* boliviana con la que se casó, gracias a la fábrica de cirios que abrió en Ecuador. Posteriormente trabajó en Chile, donde fundó escuelas técnicas en las que enseñaba a sus alumnos a leer y escribir y después les mostraba cómo hacer ladrillos, tejas y velas. En Chile es recordado por presentarse desnudo en las clases de anatomía —no había suficientes cadáveres—. Finalmente regresó a Ecuador, a la pequeña ciudad de Latacunga, y allí murió en 1852. El año anterior a su muerte escribió que los latinoamericanos «tienen que hacer una revolución económica genuina, y deben empezar por las zonas rurales: a partir de ahí la revolución se trasladará a los talleres industriales. De esta forma, se conseguirán mejoras paulatinas que no se habrían alcanzado nunca si se hubiera empezado por las ciudades».

El año pasado Chávez ordenó que se hiciese una reedición de los escritos de «Samuel Robinson». Cuando le entrevisté en La Casona me regaló la nueva edición en dos volúmenes.

Chávez está interesado en la educación y en el desarrollo económico, aunque primero y ante todo es un soldado. Las otras dos figuras históricas que ha situado en su pedestal, el mismo Bolívar y Ezequiel Zamora, fueron sin ningún género de dudas militares. «Yo entiendo el alma del ejército», me dijo Chávez, «y formo parte de ella.» Para mucha gente de fuera de América Latina, particularmente desde que Pinochet derribó a Allende el 1973, es casi imposible pensar en un líder militar sin que se presente de inmediato la imagen de una junta con gafas oscuras presidiendo un régimen autoritario y represivo. Pocos recuerdan el puñado de gobernantes militares radicales que se han puesto del lado del campesinado y presionado a favor de reformas radicales frente a una feroz oposición. ¿Quién recuerda ahora que Allende reclutó oficiales radicales para servir en su gobierno?

Chávez sabe bien que mucha gente, incluso dentro de América Latina, se muestra a menudo reticente a la hora de apoyar a un gobierno con una influyente participación militar. Él intenta explicar la gran impresión que su generación recibió con el golpe de estado chileno y su admiración por los gobernantes militares progresistas de Perú y Panamá. «Chávez no se avergüenza de sus antecedentes militares», me dijo Rangel. Esa generación de oficiales fue, añadió, atípica. «Aparecieron en una época en que el ejército venezolano estaba saliendo de la lucha con la guerrilla de los años sesenta. En aquel tiempo el ejército —y todos los ejércitos de la región— había sido “pentagonizado”. La Escuela de las Américas creada por Estados Unidos en Panamá, los

Pocos recuerdan el puñado de gobernantes militares radicales que se han puesto del lado del campesinado.

“consejeros” militares norteamericanos y la “doctrina de la seguridad nacional” jugaron un papel muy importante.» Una vez desapareció el fenómeno de la guerrilla, «los oficiales empezaron a buscar nuevas motivaciones. Empezaron a estudiar en las universidades y establecieron contactos con la sociedad civil». Cuando empeoró la situación económica y social en el país, «los oficiales, que ya no estaban encerrados en el gueto de los cuarteles, empezaron a experimentar la crisis social de primera mano».

Estimulados por la elite política, un gran sector del cuerpo de oficiales se sumergió en la corrupción. «Esto pudo neutralizar a los escalafones superiores», explica Rangel, «pero creó un gran descontento en los inferiores, en los oficiales que estaban estudiando y tenían contacto con estudiantes.»

El mismo Chávez se ha referido a la humillación de los oficiales jóvenes. «La falta de equilibrio en el país afectó a los militares. En un extremo estaban los *gorilas*, en el otro los eunucos. Durante muchos años los militares venezolanos han sido eunucos: no se nos permitía hablar, teníamos que mirar en silencio el desastre que estaban causando gobiernos corruptos e incompetentes. Nuestros oficiales veteranos estaban robando, nuestras tropas casi no tenían qué comer y nosotros teníamos que atenarnos a una estricta disciplina. ¿Pero qué clase de disciplina era aquella? Era la complicidad con el desastre.»

Durante el año pasado los militares han estado trabajando en su propio proyecto democrático y social, el Plan Bolívar 2000. La idea es movilizar la capacidad disponible de las Fuerzas Armadas para colaborar con las comunidades locales en la restauración de la infraestructura social del país, que se encuentra en un estado ruinoso. Se ha animado a que los militares abran sus cuarteles, campos de deportes y cantinas a las comunidades locales. También se les ha destinado a reparar escuelas y carreteras. Chávez dijo el año pasado que a las aldeas remotas y a los barrios pobres se enviaría hospitales de campaña «como si se tratara de una zona de guerra». La metáfora resultó incómodamente adecuada.

Chávez ve a los militares «incorporándose, poco a poco, a la dirección política del país, pero no a la política de *partido*». Si esto es una estrategia para la aculturación de las Fuerzas Armadas, igualmente podría ser un plan para un gobierno militar: Chávez es agriamente hostil a los dos partidos políticos que han dominado el país durante tantos años. De hecho, realmente no le gustan nada los partidos políticos, una antipatía que ha heredado parcialmente de los teóricos de La Causa Radical, un grupo con una ideología similar a la de los Verdes alemanes. Su propio partido, el Movimiento por la Quinta República, es un ente moribundo, y los dos principales partidos que le han prestado apoyo, el Movimiento al Socialismo y la Patria Para Todos (una escisión de La Causa Radical) están perpetuamente enfrentados.

Sea cual fuere el papel de los militares, Chávez ha dado a conocer un nuevo programa para el desarrollo en Sudamérica. Su búsqueda de una alternativa a la vida en los suburbios pobres es altamente ambiciosa, porque Venezuela todavía es un país de gangsters y saqueadores. No será fácil convertir a esta gente joven amoral que campa a salto de mata en pioneros dedicados. ¿Vivirías en una barriada miserable con vistas al Caribe, en un suburbio que se inunda cada veinte años, o te irías a las lejanas orillas del Orinoco, llenas de insectos y enfermedades desagradables, a un territorio interior que nunca ha sostenido a una población grande? ¿Preferirías estar en un suburbio de Caracas, rodeado de amigos y vecinos, con la posibilidad de vender baratijas en las calles, o te irías a algún lugar del país donde un gobierno fiable pudiera proporcionarte una casa y, eventualmente, tierra y trabajo?

Los personajes radicales en América Latina tienden a encontrar un final penoso. Las elecciones libres a veces han dado ganadores que se sitúan demasiado a la izquierda para que en Washington se les aguante alegremente. Hasta ahora los estadounidenses, preocupados sobre todo

por la guerra civil en Colombia –y ahora con los sucesos en Ecuador– todavía no han decidido cómo responder a Chávez. La oposición venezolana sabe exactamente lo que piensa, pero está tan aturrida por el colapso del viejo régimen, y es tan definitivamente rechazada y despreciada, que no muestra signos de una rápida recuperación y ha confinado sus actividades a artículos vindicativos en la prensa abrumadoramente hostil.

Entonces, ¿qué tenemos que hacer con Chávez? ¿Es un demócrata o un dictador en potencia? ¿Es un fósil que defiende las recetas políticas y económicas fracasadas del último siglo? ¿O representa una alternativa genuina al neoliberalismo? Dudo que llegue a ser un Mussolini. Tampoco es el Bonaparte peligroso que evocara Marx tan brillantemente. Chávez seguirá siendo un hombre de izquierdas, un radical en busca de nuevas formas de política, nuevas estructuras de organización económica y formas diferentes de articular las relaciones internacionales en el interior Latinoamérica y entre las dos Américas.

Los escritores siempre han sido susceptibles a los encantos de los hombres fuertes radicales de América Latina, y yo no soy una excepción. Evidentemente, Chávez tiene una visión utópica, que no está fuera de lo común en un continente donde se piensa que han de florecer las utopías, y sería necio no imaginar que su sueño finalmente será traicionado. Con todo, él ha sentado las bases para un renacimiento nacional capaz, quizás algún día, de resistir al «coloso del Norte». Por otra parte, muchos proyectos radicales en América Latina han sido abandonados, como cadáveres en un patíbulo, y se los ha llevado el viento. Las propuestas del Comandante Chávez merecen un destino mejor.

■ Traducción de J. Soler

Chávez ha dado a conocer un nuevo programa para el desarrollo en Sudamérica.

